

El avión

Josan Merino



Image not found.

Capítulo 1

El vuelo se desarrollaba sin ningún problema. El runrún de los motores era constante, de vez en cuando alguna turbulencia menor hacía bibrar el fuselaje de la nave. El avión, un bimotor con muchos años de servicio, se comportaba elegantemente y seguro.

El piloto y el copiloto aprovecharon para intercambiar algunas notas y manipular botones en el panel lleno de luces y letras que tenían ante sí. Algunas interferencias en la radio captaron la atención del copiloto e hizo un par de ajustes con los dedos sobre las teclas de colores antes de hablar.

—Dicen que se aproxima una tormenta, recomiendan desde la torre de control tratar de esquivarla dando un rodeo.

—Ni lo sueñes, mantendremos el mismo rumbo y velocidad —dijo el piloto con un gesto de desdén—. Sabes tan bien como yo que nos esperan y esa maniobra retrasaría nuestra llegada más de una hora. Debemos entregar la carga a la hora señalada.

El copiloto inconscientemente miró hacia atrás para ver a través de la puerta de la cabina las cajas grandes de madera que transportaban. Gigantes silenciosos amarrados con cadenas y correas, llenos de sellos de transporte y enormes letras en alemán. Cuando volvió a mirar hacia afuera el cielo se había oscurecido, enormes nubes algodonosas, negras como boca de lobo, los iban a engullir en cualquier momento.

El piloto se ajustó los cascos y comprobó que sus sistemas de sujeción estuvieran bien anclados. Asíó con fuerza los mandos de la aeronave y apretó los dientes. Engullidos por la oscuridad, ambos hombres trataban de domar el avión, la tormenta zarandeaba con virulencia el aparato y éste emitía unos quejidos largos y sonoros de metal en torsión.

Llovía con intensidad, los motores se comportaban con fiabilidad, de peores habían salido. Una nueva turbulencia hizo estremecer el alma del viejo avión, después vinieron otras más suaves, y de nuevo se repitió la violencia de los embates de la tormenta.

Los hombres, atentos cada uno a lo que debían hacer, se movían con la precisión de un bailarín que ejecutara una pieza de extrema dificultad. No se decían nada, pero se podía ver el miedo en sus ojos, no un miedo atroz, si no el de los valientes que son conscientes de ser mortales.

De pronto una luz cegadora iluminó el cielo. Grises y sombras. Ruido acuoso y el runrún de las hélices. De nuevo oscuridad salvo por el pequeño primero, grande después, resplandor que vio el copiloto en su ala

derecha. El rayo había impactado en el motor que ahora era una enorme bola de fuego.

—¡El motor derecho está en llamas!.

Ambos, piloto y copiloto, daban bandazos con fuerza a uno y otro lado. La nave era ingobernable en aquellas circunstancias. Manipulaban los controles con un ansia frenética.

—¡Está todo perdido, nos vamos a estrellar. Debemos saltar!
—dijo el copiloto víctima de terribles temblores.

—¡No, no podemos abandonar la nave! ¡Jamás hemos dejado una misión sin completar y una miserable tormenta no podrá con nosotros! —dijo el piloto a la par que trataba de enderezar el rumbo.

—Bueno, dirás lo que quieras, pero yo me bajo—hablaba el copiloto mientras se descolgaba del columpio—. Y encima con tanto zarandeo se me ha caído el bocadillo de chocolate y quesitos que me hizo mi padre.

El taconeo y el crujido de las ropas al rozarse unas contra otras se oía por el pasillo. Unos instantes después la profesora estaba en el patio. Miró a uno y otro lado, pero no había rastro de los dos niños. El timbre había sonado hace más de diez minutos y aquellos dos seguían sin aparecer.

—¿Dónde están los niños? —se dijo para sí la profesora.

Dió la vuelta al edificio de la escuela y allí los vió. Compañeros de travesuras encaramados a aquel viejo columpio de hierro con forma de castillo, que unos días era una fortaleza, otros una trinchera y hoy, hoy había sido un avión.